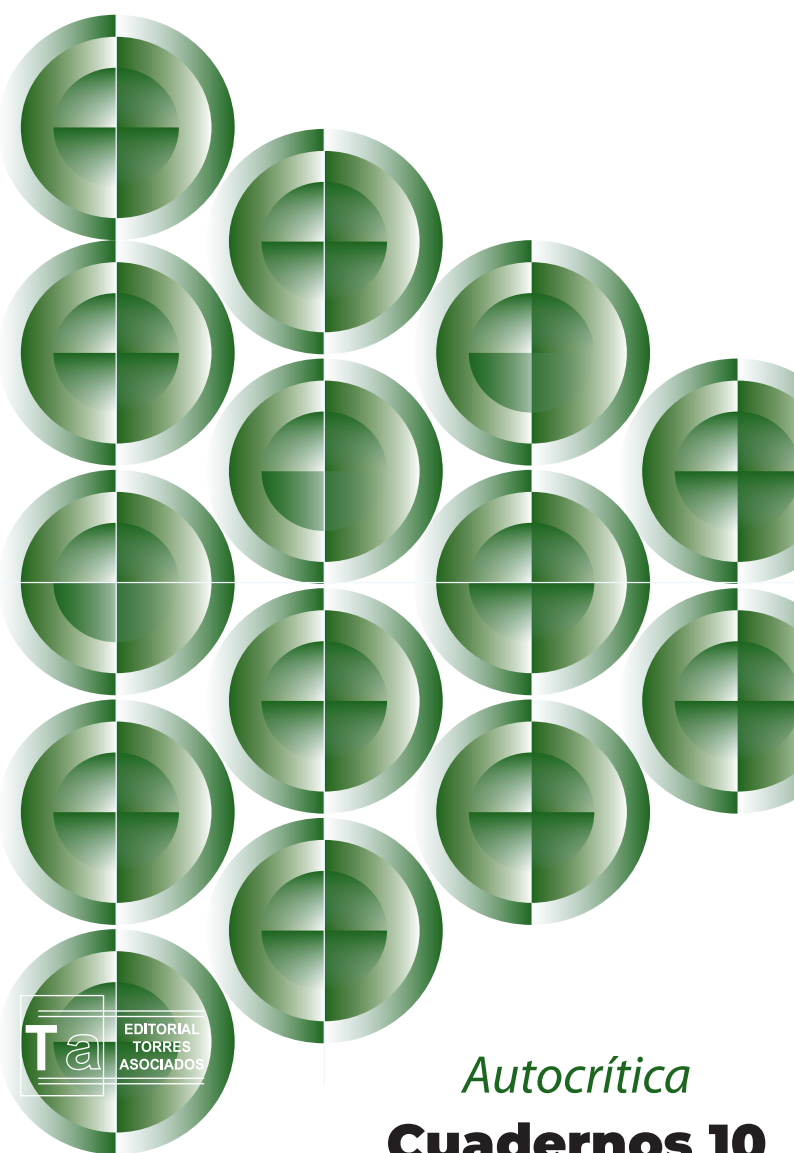


Filosofía como esperanza viva y calma activa

HEIDI ALICIA
RIVAS
LARA



Autocrítica

Cuadernos 10

Filosofía como esperanza viva y calma activa

Ejercicios de autocrítica contra el
diagnóstico filosófico

Heidi Alicia Rivas Lara



Autocrítica
Cuadernos 10

Primera edición: septiembre 2026

© Heidi Alicia Rivas Lara

© Editorial Torres Asociados

Av. Aztecas 215, Edificio B-014, Los Reyes

Coyoacán, 04330, México, CDMX

Tels. 5512366494 y 5575926161

Esta publicación no puede reproducirse toda o en partes, para fines comerciales, sin la previa autorización escrita del titular de los derechos.

Filosofía como esperanza viva y calma activa

Ejercicios de autocritica contra el diagnóstico filosófico

Heidi Alicia Rivas Lara¹

Introducción

Los últimos años del siglo XXI han estado marcados por conflictos de diversa índole: las crisis económicas, los conflictos armados, genocidios, así como el uso de las inteligencias artificiales, las cuales siguen apareciendo aderezadas por el debido toque de entusiasmo o extrema preocupación que caracteriza a las novedades humanas. En paralelo, la crisis ecológica que hace rato padecemos y que con bastante frecuencia pone en cuestión la capacidad de sostenernos en el mundo tal cual lo vivimos. Todo lo anterior, compuesto por el ascenso preocupante de la extrema derecha en el mundo y el asedio a los países empobrecidos, por citar solo algunas de las muchas situaciones críticas que se viven en la actualidad y que reclaman nuestra pausada atención y pensamiento.

En el marco de estas crisis cabe preguntar *qué está haciendo la filosofía*. Por supuesto, no puedo negar que la filosofía sigue produciendo en este horizonte de vaciamiento, don-

¹Doctora en Filosofía, docente de filosofía UACH. Sus temas de interés son la paz, desobediencia ética y no-violencia. Miembro del SNII Nivel 1. Fue presidenta de la AMELIF y forma parte del consejo directivo de la AFM.

de siguen saliendo textos y libros, que parecen negarse a dar cuenta de la situación que vivimos, resguardando el pensamiento en problemas menos “sucios” y mucho más “profundos”. En ese sentido, alejados de los contextos particulares, así como de situaciones y propuestas situadas, pero haciendo crecer la doctrina y la interpretación. No obstante, también hay una ola de filosofías que denomino *inquietas*, concentradas en entender no solo el contexto manchado por sufrimientos e injusticias, sino también en contribuir a otras formas de vivir filosóficamente y mirando una realidad convocante. De esas filosofías, no todas logran avanzar hacia la práctica o hacia la proyección de mejores mundos; algunas se sienten profundamente satisfechas por sus diagnósticos y luego se abandonan a la idea de que o bien no puede hacerse nada o bien ofrecen soluciones que redundan en los posicionamientos de sí mismas, es decir, desde sus propias doctrinas, lo cual me parece que clausura la posibilidad del pensamiento creativo. No considero que esta postura sea necesariamente negativa, pero sí insuficiente para realizar o conllevar una transformación profunda del mundo que nos reclama.

En respuesta a la situación de la filosofía frente a los problemas urgentes de nuestro tiempo, este ensayo propone una reflexión filosófica como un acto de resistencia frente a las múltiples crisis de corte ético-político que nos atraviesan en nuestra contemporaneidad. Parte de la idea husseliana del “filósofo como funcionario de la humanidad”, el texto busca presentar a la filosofía, sobre todo aquella centrada en la paz, como capaz de reorientar el pensamiento hacia la protección del sentido y del mundo común. No obstante, si bien Husserl es un autor base para

este planteamiento, pretendemos retar su interpretación pensando en extender sus límites geográficos y culturales. En ese sentido, este texto enuncia una preocupación extraeuropea, poniendo especial énfasis en el pensamiento situado latinoamericano como apuesta por la liberación, el cuidado y la relacionalidad como respuestas a las crisis. Procuraré ir más allá de los buenos diagnósticos y dirigirme rumbo a la práctica comprometida por pensar dialógicamente desde la ternura y en dirección a la justicia. Así pensar frente a la miseria, es una provocación al compromiso, que en su momento Villoro denominó “la reforma del pensamiento” (Villoro, 2007a), contra la filosofía como dominación; la cual apuesta fuertemente por una filosofía como gesto de *esperanza viva* para el cuidado del mundo.

1. Las y los filósofos como funcionarios de la humanidad. Pautas para un posicionamiento

5

En 1935, Husserl pronunció su célebre conferencia “La filosofía en la crisis de la humanidad europea” (Husserl, 1935/2008) la cual inauguró una serie de trabajos, que desarrolló hasta su muerte en 1938, para profundizar en su idea de crisis, y las obligaciones que tanto la ciencia como la filosofía tienen frente a ella. En este espacio, el autor reclamó la falta de espíritu crítico, aunque bien a bien se trató de una crítica a la modernidad que encumbró un tipo de ciencia o de saberes incapaces de dar respuesta a las crisis de su época. En el texto “La crisis de las ciencias como la radical crisis de vida de la humanidad europea”, corregido tras la conferencia, Husserl ya enuncia que la crisis de la que habla es radicalmente una crisis de sentido, no como una suerte de protoexistencialismo, sino como

la insuficiencia o falla del despliegue de discurso que otorga significado, dicese, comprensión del mundo que como humanidad habitamos. Así, señaló Husserl, la filosofía debe retomar el sentido vital de la humanidad, dejándose convocar por su propósito. Por ello, afirma “en nuestro filosofar (...) somos funcionarios de la humanidad” (Husserl, 2008, p. 60). En ese sentido, se nos convoca a una responsabilidad, la de acompañar a la humanidad rumbo a su realización.

Retomar la tesis husserliana del “filósofo como funcionario de la humanidad” permite abrir una reflexión sobre el sentido y la función de la filosofía frente a las crisis contemporáneas. Más allá de definir qué entiende Husserl por filosofía, me interesa subrayar que su propuesta —aun siendo heredera de la racionalidad moderna— introduce una exigencia ética y espiritual: la filosofía **no debe** reducirse al servicio de instituciones o regiones particulares del conocimiento. Las filósofas y los filósofos, en tanto “funcionarios de la humanidad”, debemos responder al llamado universal de la crisis que atraviesa el mundo contemporáneo. Se trata de una invitación a reconocer que la filosofía no puede permanecer indiferente. La crisis nos convoca, nos invita a juzgar y a mirar críticamente el presente, por lo que se vuelve, entonces, una tarea fundamental del pensamiento filosófico.

El término “funcionario” puede sugerir una relación con el servicio o la burocracia; sin embargo, en Husserl adquiere un sentido radicalmente distinto. Ser funcionario de la humanidad implica asumir la responsabilidad ante la crisis, como ya he mencionado. Es relevante subrayar la raíz común de crisis y crítica en el sentido de que ambas apelan a la *mirada profunda y el juicio*, aspecto que solo puede realizarse con

el pensamiento riguroso, aunque aún no he definido qué se entiende como tal. Razón por la cual la filósofa o el filósofo crítico —o para la crisis— no agota su utilidad en una estructura institucional, sino que vela por el desarrollo espiritual y racional de la humanidad. En este sentido, ser funcionario es un llamado a reconocer el vaciamiento de sentido en el mundo que nos es contemporáneo y a buscar nuevas formas de comprenderlo y transformarlo, he aquí el sentido de una *praxis filosófica*.

La filosofía, en lo que pienso como su sentido más pleno, es un acto de responsabilidad ante la humanidad. La crisis que declara Husserl es una crisis del significado. Las instituciones, los sistemas y las estructuras del mundo ya no nos hablan con sentido. En este contexto, pensar se convierte en una tarea urgente: el pensamiento filosófico puede crear nuevas vías para la comprensión y la acción. Por lo que, responder ante la crisis implica, entonces, un doble movimiento: diagnosticar el vaciamiento de sentido y reactivar la capacidad humana de conferir sentido mediante la reflexión crítica y la acción transformadora.

No obstante, la idea del funcionario, como mencioné, no debe vincularse con las actividades burocráticas; no se trata de negar el papel público que las y los filósofos pueden realizar en instancias gubernamentales. Sin embargo, en caso de ocurrir una situación semejante, *¿Puede la o el filósofo mantenerse al margen o con distancia crítica de la actitud meramente obediente?*

Ejemplo de esta incapacidad crítica que atraviesa las formas de ser contemporáneas, de las que incluso el filósofo es presa, es el ya conocido análisis que Hannah Arendt realiza sobre el caso de Eichmann (Arendt, 1963/1999), ella relaciona el mal con

la incapacidad de pensar, esto significa que en situaciones en las que se requieren los reflejos de la crítica, es decir, la de pensar con pausa y profundidad, se prioriza la reacción obediente incapaz de poner en cuestión las acciones, pasiones y decisiones que asumimos.

Por supuesto que Eichmann no era filósofo; sin embargo, cabe preguntar precisamente si, de haberlo sido, su posición frente a las órdenes hubiera sido otra, es decir, cabe cuestionar si la banalidad del mal es una actitud únicamente atribuible a los soldados o funcionarios del totalitarismo o, por el contrario, se comprende como un “espíritu de la época”. La idea del espíritu no apela como tal a una condición metafísica sino a la conformación de identidades que responden a estilos de vida permeados por el sistema económico, social y cultural. No abordaremos como tal este problema, sin embargo, sí creo que el perfilamiento del pensamiento crítico y riguroso se disuelve en las exigencias sociales y económicas que no dan espacio y tiempo para la **demora**, pues la obediencia es diligente.

Retomando la idea arendtiana: en su texto “Comprensión y política” (Arendt, 2005), ella apunta que la necesidad de comprender el mundo y sus acontecimientos debe ser con lo que aquí llamo *calma activa*, es decir, mostrar de qué manera comprender nos permite no únicamente poner nombre a lo sucedido, sino, prioritariamente, sentirnos en casa, es decir, reconciliarnos con los sentidos del mundo. Por ello, **la comprensión es crítica**, pues son acciones que brotan de la incomodidad, de aquello que exige ser mirado y transformado. Arendt, en ese sentido, cuestiona los decires apresurados que instalan discursos que ya no hablan u ofrecen sentidos; a esto le llama *clichés* y lo

conecta con el adoctrinamiento, que, ante la urgencia de responder a los acontecimientos, terminan tomando atajos que trastocan la capacidad de comprensión, como mencioné respecto a los diagnósticos filosóficos que clausuran el pensamiento creativo. *¿Hasta qué punto la forma en que transmitimos la formación y la actividad filosófica mantiene activa la base de “saber mirar” y “saber juzgar” ante las crisis?* Lo cual se vincula estrechamente con la idea arendtiana del pensamiento, pues pensar es detenerse ante lo dado, interrogarlo y volver a conferirle sentido.

Retomo la pregunta antes planteada acerca de si la banalidad del mal es, más que un diagnóstico atribuible a Eichmann, una forma de conducirnos en el mundo contemporáneo, quiero aludir aquí al pensamiento filosófico de Simona Forti (2014). Es una filósofa italiana de raíces arendtianas, quien retoma la idea y la configuración de un sistema de obediencia en el que la *calma activa* se vuelve imposible, y en todo caso conduce a una crisis de nuestra filosofía moral, en la medida en que ésta ya no responde a la solidaridad ni al cuidado de las otras vidas. Esto me parece muy importante porque, precisamente, reconozco, en relación con Husserl, que enfrentarnos a un vaciamiento de sentido o, de alguna manera, a esta tendencia a actividades y acciones absurdas desprovistas de la capacidad de comprender, entonces nos volvemos partícipes de un sistema que ejerce sobre nosotros dominación. Es relevante, en la medida en que comprendemos también esta necesidad de frenarnos y de activarnos en el mundo. No voy a explorar demasiado esta idea porque me interesa mostrar cómo la filósofa y el filósofo también son susceptibles de participar en este sistema de obediencia que, como dice Forti, nos

hace colaborar mediocrementemente con el mal, llámese violencia o crueldad, en la medida en que dejamos de hacernos cargo de la parte reflexiva e instaladora de nuevos sentidos.

Así, esta noción de funcionario que he venido apuntalando en el texto entra en cuestión, en la medida en que también participamos de estas funciones de dominación que no son necesariamente las que hemos venido analizando. Por eso, viene bien traer a colación el texto de Jaspers sobre la paz y la verdad (Jaspers, 2014), en el que señala que debería existir un compromiso importante y relevante con la verdad. Esa verdad expresa un compromiso con los acontecimientos y, precisamente, dice que el compromiso de las personas, pero en particular de las y los filósofos, no está con el partido —es decir, con el compromiso político expreso o institucionalizado—, sino con la construcción de un sistema de comunicación honesto e incluso amoroso, desde el punto de vista en el que atendemos nuestros compromisos por el bienestar de todas y todos. Creo que aquí se abren dos pautas: si bien, por un lado, lo que nos dice Husserl sobre ser funcionarios de la humanidad implica trascender este escenario de complicidad o de mediocre colaboración con un sistema que contribuye a la dominación, por el contrario, en la medida en que es la humanidad y la verdad —a decir de Jaspers y Husserl— las que nos interesan, y en la medida en que estamos comprometidos con una familiarización con el mundo —a decir de Arendt—, entonces deberíamos posicionarnos por encima de los compromisos con ese sistema y mirar hacia esto que hemos llamado “la humanidad”. Pero, ¿cuál humanidad?

Husserl tiene claro que se trata de la crisis europea, e incluso él afirma que Europa está enferma. Ese

diagnóstico significa que estamos viviendo una crisis civilizatoria y el fracaso anticipado de la modernidad. Las y los filósofos europeos han dedicado un tiempo importante a esta cuestión. Sin embargo, la pregunta que se abre aquí es: ¿cuál es la humanidad a la que nos corresponde atender con nuestras funciones? En términos amplios, diríamos que a todas. Sin embargo, desde el punto de vista situacional, la humanidad con la que deberíamos comprometernos es con nuestras propias localidades, y de manera específica con aquellas que se encuentran en condiciones desventajosas en ese sistema de opresión. Por ello, a continuación, retomaré esta postura a partir de algunas pautas latinoamericanas.

2. Reposicionamientos filosóficos desde nuestras coordenadas

Siguiendo un poco el hilo conductor, retomamos la idea de Luis Villoro (2007a), quien señala que la filósofa o el filósofo pueden servir a un sistema de dominación —como bien hemos dicho con antelación— o participar en lo que él ha llamado la “reforma del pensamiento”. Esto significa que pueden resistirse a pensar y simplemente concentrarse en cumplir con las funciones que les son asignadas, o bien contribuir a un mejor entendimiento del mundo. Arendt hablaba del adoctrinamiento; Villoro, de la ideologización. En ambos casos, se deja claro que las y los filósofos han dejado de cumplir con su función reflexiva para cumplir las funciones de la institución a la que sirven. Desde el punto de vista villoriano, la reforma del pensamiento implica entender con nuevos conceptos —o a través de nuevos conceptos— formas renovadas de comprender lo que sucede en el mundo en el que estamos circunscritos. Se trata también de

responder a las exigencias ético-políticas y de mirar con nuevos ojos nuestros compromisos con el futuro. Así, aunque Villoro no lo diga tal cual, se trata de un fenómeno de la imaginación. Arendt ya nos señalaba que no existe comprensión sin imaginación, puesto que los vacíos que llenamos en nuestros acontecimientos caducos los hacemos desde una actitud imaginativa. Títulos como *La sociedad por venir*, Villoro (2007b), por supuesto, no son ejercicios de adivinación, sino de proyección y creatividad, en los que, por un lado, diagnostican lo que falta, pero también se aventuran a pensar el cambio.

Desde este punto de vista, ser funcionarios de la humanidad en Latinoamérica implica, como dice Villoro, mantenernos firmes en la convicción de que la filosofía reforma el pensamiento y no solo obedece. En este sentido, el punto de vista de los filósofos latinoamericanos, cuya labor ha sido entender los contextos actuales —como los fenómenos de la violencia, el pensamiento decolonial, la comprensión de las políticas particulares y el compromiso activo con los movimientos sociales— los cambios curriculares que impactan en la formación de las y los jóvenes, nos deja muy claro que cumplir con nuestras funciones implica obligatoriamente situarnos en nuestros propios contextos y sus diferencias particulares. Además, debemos reconocer que un lenguaje establecido desde una crisis y una civilización distinta —la occidental eurocentrista— no facilita el tránsito hacia las zonas marginadas e incomprendidas de nuestros sistemas. Posicionarnos filosóficamente desde aquí implica, por tanto, reconocernos prioritariamente en nuestras responsabilidades locales.

Con este fin, me gustaría nuevamente retomar la idea del funcionario, pues podríamos decir que, desde

un punto de vista riguroso, las y los filósofos que tienen voz en nuestros sistemas sociales pertenecen a instituciones, escuelas de educación media superior y universidades públicas y/o privadas. Por lo tanto, cabe cuestionar si su actividad pública como servidores está acorde al desarrollo de nuevas generaciones que tendrán por tarea reformar el pensamiento hacia la reconciliación de un mundo que fracasa o se corrompe. Es decir, *¿las y los filósofos estamos cumpliendo con la función de generar personas cuya capacidad crítica esté a la altura de las necesidades de nuestro tiempo, esto es, que tengan la capacidad de la calma activa, de pensar pausadamente e insertarse crítica e imaginativamente en las crisis de nuestras localidades?* Si no es así, entonces deberíamos preguntarnos de qué manera nosotros mismos estamos contribuyendo a un sistema de dominación en el que se nos dice que nuestras funciones son exclusivamente las que contribuyen a la institución. Así pues, ser funcionario de la humanidad en Latinoamérica implica coadyuvar a la creación de mundos mejores y desarrollar el pensamiento imaginativo en las y los futuros filósofos, una tarea nada sencilla, pues debemos primero renunciar a la comodidad de pensar dentro de una tradición académica —no se diga importada— que puede pecar de indiferencia frente a un mundo que se agrieta ante nuestros ojos.

Esta exigencia de situarnos no es para mí solamente una consigna teórica. Basta revisar la producción académica en México y América Latina, una asimetría reveladora: los diagnósticos sobre violencias se multiplican, mientras que las reflexiones filosóficas sobre la paz aparecen marginales. Esa asimetría, en sí misma, es un síntoma de lo que llamo “filosofías del diagnóstico”: sabemos

nombrar la herida, la crisis, con precisión casi clínica, pero dedicamos mucho menos esfuerzo colectivo a pensar qué es lo que la herida impide, en dónde nos estanca la crisis. Por eso cabe preguntar qué estamos dispuestos a dejar de diagnosticar para, de ese modo, pensar con calma activa.

Del mismo modo, hablo de ternura como clave de este posicionamiento, no la entiendo como un mero adorno afectivo, sino como una categoría ética-política capaz de resistir la crueldad con la que debemos mirar – y explicar – lo que nos rodea. Ejercer filosofía como funcionarias y funcionarios de la humanidad, desde nuestras coordenadas latinoamericanas, implica entonces algo muy concreto: elegir qué miramos, cómo lo miramos, cómo lo nombramos y desde qué disposición —cruel o ternurosa— nos acercamos a las crisis que reclaman nuestra atención.

Escribo esto también contra mí misma, o más bien, contra quien he sido alguna vez como docente. Durante algunos años, mi práctica se sostuvo en la exposición teórica, en explicar bien un sistema, en encadenar argumentos. Con el tiempo me distancio de esa forma de enseñar, ya que por rigurosa que fuera, dejaba intacta la distancia entre teoría y práctica de quienes me escuchaban. Abandonar la filosofía meramente teórica no significa abandonar el rigor, sino encontrar otras formas de exigirlo; ideé otros recursos, otras evidencias, la creación de diarios filosóficos como espacio de pensamiento situado y no solo de repetición conceptual, por poner un ejemplo, reto mi práctica áulica en espacios de crecimiento y propuestas filosóficas más a ras de tierra. Ese tránsito en mi propia didáctica no es anecdótico; es, a pequeña escala, el movimiento que este ensayo reclama a la filoso-

fía en general. Si ser funcionaria de la humanidad implica trascender la mera obediencia a un sistema –sea el de la dominación, como explica Villoro, sea el de la exposición que no compromete–, entonces el aula es un espacio de colaboración mediocre. Cambiar la didáctica fue para mí una forma concreta de ejercer la calma activa: detenerme, imaginar otras formas, y apostar por una filosofía que no se limite a diagnosticar el vaciamiento de sentido, sino que se atreva a repararlo en el espacio más pequeño y más real que habito: el aula.

3. Posicionamiento desde la paz, la ternura y la esperanza viva

Uno de los elementos que reconocemos en este sistema de dominación, como lo he descrito anteriormente, es que contribuye a la desesperanza. Parte de los diagnósticos filosóficos sobre los ejercicios biopolíticos, necropolíticos y otras experiencias que, si bien cumplen la función de desmenuzar con claridad lo que ocurre, parecen no detenerse a activar las posibilidades de transformación que son propias de la filosofía. Es decir, cuando decimos que nos detenemos en la crisis o que pensamos la crisis, queremos transitar hacia otros modos posibles: poder imaginar, como hemos dicho, esos otros mundos posibles. El problema de la desesperanza, que caracteriza nuestros tiempos y muchas de nuestras filosofías, es que cierra toda posibilidad del mundo por venir. *¿Cuáles son esos modos de vida, de relación y de formas de ser que nos permiten continuar en el mundo y comprometernos con las generaciones con las que nos traslapamos?*

Una de ellas es el ejercicio colectivo con el que y por el que nos vinculamos en relaciones más cuida-

dosas. Desde la filosofía de la paz, parte del trabajo que se ha hecho es precisamente trascender el ejercicio meramente diagnóstico. Si bien es cierto que la paz no puede pensarse sin el reconocimiento de las violencias que nos atraviesan, y sin el señalamiento preciso de qué paces necesitamos para atender esas violencias, lo cierto es que el compromiso más fuerte está en reconocer bajo qué criterios o a partir de cuáles elementos, las paces pueden surgir. Aquí me refiero al concepto de Dora Elvira García-González cuando habla de la “paz surgente” (2025), entendida como una paz que puede surgir exclusivamente desde la comunidad, pero no necesariamente desde lo común, sino precisamente en la construcción y proyección de lo común.

Así pues, frente a un sistema que constantemente nos invita a colaborar mediocrementemente en el desarrollo de la dominación, la filosofía de la paz y el ejercicio comunal se erigen como un acto de rehabilitación de la moralidad y de la política, como colectividades y de cohabitación, tratando de imaginar un futuro en el cual y para el cual pensar y actuar conjuntamente sea precisamente para el desarrollo de las capacidades de vivir mejor o en armonía. Sin la capacidad de imaginar mundos mejores, más armónicos y posibles, no sería factible transitar ni abandonar ningún tipo de crisis, y menos aún si no se nos deja el tiempo para pensarla. Imaginar futuros, pensar y colectivizar sufrimientos implica reconocer que la humanidad de la que somos partícipes requiere de acciones particulares que aquí hemos ya denominado como filosofía del cuidado. Pero no solo del cuidado por el que nos volcamos hacia los otros, sino de este cuidado pasmoso o de calma activa mediante el cual reconocemos

los requerimientos específicos de cuidado. Así, cuando entendemos las violencias y los ejercicios de dominación como afectaciones directas a las necesidades humanas, entendemos que construir paz —y hacerlo de manera colectiva— implica también reconocer el papel que jugamos en la satisfacción de esas necesidades, en la colectivización de ese cuidado y de esa imaginación.

Pensar en la expresión “funcionarios de la humanidad” desde la filosofía de la paz es reconocer que, si bien nos demoramos en las crisis, lo hacemos solo con el fin de transitar por ellas hacia mundos mejores. Si, en cambio, los filósofos y las filósofas no cumplen con su función de pensar y nombrar adecuadamente las crisis y de reformar el pensamiento, entonces no será posible imaginar mundos mejores.

Mundos y humanidades que quisiera conectar con la idea del peregrinaje y el amor de María Lugones (2003), para hablar de los mundos ajenos en los que debemos pisar siempre amorosamente. Por ello, la ternura es un concepto clave. La filosofía desde y por la ternura nos ayuda a comprender que transitar la crisis implica hacerlo hacia mundos mejores, en los que la esperanza viva se convierta en un eje rector de nuestras reformulaciones y de nuestras reformas del pensamiento. Pienso que quizá la mayor tarea del pensamiento sea mantener abierta esa promesa: resistir al cierre, a la certeza, a la desesperanza. No desde una posición cómoda, sino como una disciplina activa que cada filósofa y cada filósofo debe ejercer todos los días frente a sus pares, frente al aula, frente al mundo que nos reclama.

Bibliografía

- Arendt, H. (1999). *Eichmann en Jerusalén: Un estudio sobre la banalidad del mal*. Lumen. (Obra original publicada en 1963)
- Arendt, H. (2005). *Ensayos de comprensión 1930-1954* (J. Kohn, Ed.; A. Serrano de Haro, Trad.). Caparrós Editores. (Obra original publicada en 1994)
- Forti, S. (2014). *Los nuevos demonios: Repensar hoy el mal y el poder* (A. Díaz Gallinal, Trad.). Edhasa.
- García-González, D. E. (2025). Reivindicaciones y exigencias éticas para construir una paz surgente en los marcos de las desapariciones forzadas de personas. Un acercamiento en espacios de marginación y de injusticia. *Revista de Cultura de Paz*, 8, 356–379. <https://doi.org/10.58508/cultpaz.v8.225>
- Husserl, E. (2008). *La crisis de las ciencias europeas y la fenomenología trascendental*. Prometeo.
- Jaspers, K. (2014). *Truth, freedom, and peace* (F. Hild, Trad.). *Existenz: An International Journal in Philosophy, Politics, and the Arts*, 9(2). (Discurso original pronunciado en 1958)
- Lugones, M. (2021). *Peregrinajes: Teorizar una coalición contra múltiples opresiones*. Del signo
- Villoro, L. (2007a). “Filosofía y dominación” en *El concepto de ideología y otros ensayos*. Fondo de Cultura Económica. Discurso original 1978.
- Villoro, L. (2007b). *Los retos de la sociedad por venir: Ensayos sobre justicia, democracia y multiculturalismo*. Fondo de Cultura Económica.